

DIEGO FISCHER

QUÉ POCO VALE LA VIDA

*Bernardo Berro, un luchador
que se inmoló por Uruguay*



DIEGO FISCHER

QUÉ POCO VALE LA VIDA

*Un luchador que se inmoló
por Uruguay*



ESPASA

© Diego Fischer, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Obra editada en colaboración con Editorial Planeta-Uruguay
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2023

Depósito legal: B. 11.367-2023
ISBN: 978-84-670-7032-3

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Black Print
Impreso en España / *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

EL RETRATO DE LA HISTORIA

Montevideo aún olía a muerte.

Aquella tarde de mayo de 1868 el fantasma de una nueva epidemia de cólera como la vivida en los últimos tiempos continuaba merodeando por las calles. El miedo mayor de sus pobladores no estaba en la suerte que corría su salud, sino en repetir otra jornada como la del pasado 19 de febrero.

Juan Manuel salió de la casa en la calle Sarandí cuando las campanadas del reloj de la Catedral daban las tres de la tarde y se esparcían con el viento casi invernal hasta escabullirse en cada esquina de la Ciudad Vieja. Iba vestido con el mejor atuendo, a decir verdad, el único presentable que tenía, algo extraño para quien la belleza o la búsqueda de esta eran, en buena medida, su razón de ser.

Llevaba la misma ropa que solía usar en Florencia, cuando su maestro Antonio Ciseri lo invitaba a recorrer museos: pantalón de franela gris oscuro, camisa blanca cuidadosamente planchada y almidonada por María, su mujer, y botines de cuero negro lustrados con betún, especialmente para la ocasión. Sobre los hombros, cubriendo el torso y más allá de la cintura, una capa azul marino con una delgada guarda roja que recorría todos los bordes, lo abrigaba y además le daba un toque elegante al esbelto porte.

Todo favorecía para que aquel rostro delgado se hiciera más anguloso por la media barba que se espesaba en el mentón. Los ojos negros y la mirada a veces penetrante, otras introspectiva y una sonrisa escasa, marcaban una expresión enigmática. Debajo de un sombrero de ala ancha, de fieltro, ocultaba la abundante melena oscura donde asomaban algunas canas en las patillas.

Con paso determinado y llevando en la mano derecha la libreta de apuntes que lo acompañaba a todas partes, cruzó la calle Cámaras, de espalda al Cabildo, no sin antes mirar con desconfianza a dos hombres robustos y de cara poco amigable que caminaban en sentido contrario y no disimulaban los trabucos debajo de sus chaquetas desprendidas.

Nada ni nadie estaba seguro en Montevideo y Juan Manuel lo sabía. Había sido testigo involuntario de uno de los crímenes de febrero y luego de presenciar lo que el destino le obligó a ver y lo que eso generó, supo que deberían transcurrir muchos años para que terminara la violencia que tomó por asalto a la ciudad y la convirtió en un pandemónium.

El recurrente recuerdo de esas horas, que se convirtieron en días, le producía una angustia que solo se disipaba ante el desafío de un lienzo en blanco.

Cruzó Ituzaingó en la esquina con Rincón. Se detuvo unos instantes ante las suntuosas vidrieras de la joyería Spangenberg y Freccero que abrió sus puertas la primera semana de enero. Se paró unos momentos a

contemplar la vidriera de la flamante joyería y bazar de lujo del que toda la ciudad hablaba.

Su dueño, Óscar Spangenberg, era un prusiano que había llegado a la ciudad a fines de 1867 e instaló un comercio en una esquina clave de la Ciudadela, a metros de la Matriz. Inauguró el local para las vísperas del Día de Reyes de 1868. Hablaba poco el español y se había asociado al italiano Francesco Freccero, que había emigrado con sus padres dos décadas antes, cuando tenía tan solo un año de vida.

Un gran cartel en la puerta decía: «Relojería y joyería. Representantes exclusivos de la marca J. Assmann». Spangenberg había oído hablar de un país que vivía un momento de prosperidad económica, en el que emergía una poderosa burguesía deseosa de comprar joyas, porcelanas y cristalería de las marcas más renombradas de Europa. Hacia allí dirigió sus pasos. Los flamantes comerciantes nunca imaginaron que a un mes y medio de inaugurar su negocio serían testigos privilegiados de la revuelta callejera que siguió a los asesinatos de aquella asfixiante y sangrienta tarde. Una experiencia que Spangenberg y Freccero jamás olvidarían.

Antes de la tragedia del 19 de febrero, las señoras distinguidas no hablaban de otra cosa que no fuera de las alhajas, los relojes y las porcelanas, todo importado de Europa que vendía el nuevo comercio. *Nada que envidiarles a las joyerías de Florencia*, pensó Juan Manuel y siguió su camino.

En cambio, la calle otrora muy transitada, estaba casi desierta, a no ser por el golpe de las espuelas de los caballos de unos pocos carros que, en sentido contrario al suyo, transitaban espaciadamente.

A esa altura de Rincón y también por Sarandí y 25 de Mayo se concentraban las edificaciones más lujosas de Montevideo. Con sorpresa comprobó que estaban cerrados los portales al igual que las celosías de las ventanas de las plantas bajas. Esas casonas eran habitadas principalmente por familias patricias y por los diplomáticos extranjeros acreditados en el país. Por mera coincidencia, el día de la tragedia casi todos los moradores se encontraban en sus quintas de veraneo en el Prado o en el Paso del Molino y, como solía suceder, no regresaban hasta aún bien entrado el otoño.

En Montevideo el enemigo estaba en todos lados. Lo difícil era identificarlo. Y por más que el nuevo presidente de la República procurara trasmitir firmeza y tranquilidad, la mayoría de los ciudadanos sabía que la sangre de un momento a otro volvería a manchar los adoquines. Tal vez porque la paz había sido proclamada tantas veces como violada.

Una gran columna coronada por una estatua de bronce se había hecho levantar en la Ciudad Nueva tras el fin de la Guerra Grande y era lo suficientemente alta como para ser apreciada desde todos los puntos de la ciudad. Símbolo de un tiempo nuevo, en el que luego de trece años de guerra entre colorados y blancos se había proclamado que no habría ni vencidos ni vencedores.

Si algo quedaría claro ese 19 de febrero era que los odios engendrados en los años anteriores se habían acrecentado con el transcurso del tiempo y muy lejos estaba la concordia. ¿Cómo entender si no el asesinato, con diferencia de escasas horas, de las dos figuras más importantes de las divisas que se disputaban el poder desde casi el mismo día del nacimiento de la República? ¿Cómo comprender la saña con que fueron ejecutados?

La muerte solo trae muerte, el odio engendra más odio. Una y otro se alimentan con la violencia. Esta fue la sentencia que escribió la agobiante jornada de febrero en Montevideo y que sumó más de cuatrocientos asesinatos en pocas horas en la ciudad y un número aún mayor de crímenes en el resto del país.

Juan Manuel cruzó la calle Zabala y un gigantesco murallón de piedras grises impuso su presencia, el Fuerte, construido más de un siglo antes por los españoles para custodiar desde allí el puerto y marcar su presencia en el territorio. Desde la Jura de la Constitución, en 1830, había pasado a ser la Casa de Gobierno y funcionaban en ese recinto, además, casi todos los ministerios y hasta una escuela. El presidente lo había convocado para las tres y media.

El general Lorenzo Batlle llevaba dos meses y una semana ocupando la Presidencia de la República. Había sido elegido por la Asamblea General el 1 de marzo por sus correligionarios colorados. Por un solo voto venció a su contendiente, también colorado, el general Gregorio Suárez, *el Goyo Jeta*, conocido y temido por todos.

Batlle asumió decidido a llevar adelante un gobierno de partido para su partido, rechazando desde el comienzo de su mandato cualquier coparticipación de los adversarios blancos.

Desde un austero y lúgubre despacho ubicado en la parte alta del fuerte colonial contemplaba el intenso movimiento del puerto. Había ordenado a su secretario que cada día le informara el nombre, la bandera y la procedencia de los buques que llegaban.

En el parte debía constar, además, si la embarcación transportaba personas, mercaderías o ambas cosas, si simplemente recalaba y luego proseguía viaje a Buenos Aires o hacía escala para abastecerse de vítales y continuar rumbo al Estrecho de Magallanes y dirigirse al Pacífico o, en rumbo contrario, remontar el Atlántico.

En la postal que Batlle contemplaba cada día desde su despacho estaba quizás una de las claves de la violencia que imperaba en Montevideo y en todo el país. Desde el origen del Estado independiente, los orientales se desangraban entre sí en guerras, revoluciones y revueltas. Asimismo, seguían estando al acecho los enemigos de siempre: Buenos Aires, el imperio de Brasil y el de Inglaterra que no se resignaban a perder el puerto natural de mayor calado del Cono Sur de América y con él, las llaves del Río de la Plata.

Batlle tenía entonces cincuenta y ocho años y era uno de los pocos militares del Ejército Nacional que había recibido instrucción en Francia y en España. Sus padres

habían sido inmigrantes catalanes a los que la revolución artiguista los despojó de sus bienes y obligó a regresar a su tierra.

Lorenzo Batlle volvió al Río de la Plata con veintiún años y se hizo cargo de lo que quedaba del molino familiar en la zona de la Aguada, el pilar de la fortuna del clan. Dos años más tarde ingresó al Ejército. En aquel momento no imaginaba que llegaría a ser el presidente de la República y que iba a inaugurar una dinastía que a lo largo de un siglo y medio jugaría un papel fundamental en la vida política del país.

Tal vez porque no olvidaba su procedencia y sus orígenes, observaba todas las semanas el desembarco de los aluviones de inmigrantes europeos en busca del futuro y la prosperidad que sus países de nacimiento les negaban.

Eran decenas las barcazas que desde el antepuerto trasladaban hasta tierra firme a centenares de hombres, mujeres y niños con bultos o atados como equipaje en los que habían envuelto sus sueños e ilusiones.

—Señor presidente, ha llegado el señor Blanes —anunció su secretario.

Batlle estaba escribiendo una carta. Colocó la pluma en el tintero de bronce que presidía su mesa de trabajo, guardó en su cartapacio de cuero marrón el papel, sacó del bolsillo del chaleco el reloj de oro, cuya cadena parecía sujetar su barriga y comentó:

—Es puntual el hombre, no parece criollo. —Se puso de pie y ordenó—: Hágalo entrar.

Con paso decidido entró Juan Manuel. Su mirada, que todo lo registraba, repasó el recinto. Seguía siendo tan austero y sombrío como ocho años atrás, cuando estuvo allí por primera vez.

Un escritorio de madera macizo, el sillón del presidente tapizado en cuero marrón, cuatro butacas de terciopelo burdeos, que acusaban el paso de los años, y una biblioteca no muy grande, pero colmada de libros, seguían siendo todo el mobiliario del lugar. No había cuadros ni tapices que cubrieran los centenarios muros revocados y pintados de blanco con cal. Ni alfombras que templaran los helados pisos de piedra.

El sol de la tarde, que penetraba por la única ventana de la habitación, iluminaba solo a un Cristo, forjado en hierro, que continuaba colgado en la pared principal. Tal vez lo ubicó allí José Joaquín de Viana, el primer gobernador de Montevideo y el primer habitante de ese fuerte ahora devenido en la sede del Poder Ejecutivo. A la derecha y junto al crucifijo estaba la bandera uruguaya, de seda, prolijamente colgada en un mástil de pie, ambos oficiaban de custodias permanentes del presidente.

—Buenas tardes —dijo Batlle y extendió su mano derecha.

—Buenas tardes, general, mucho gusto —respondió el visitante y correspondió el saludo apretando con fuerza la mano del presidente.

Juan Manuel dibujó con la mirada a su anfitrión. Pese a las decenas de batallas disputadas, Batlle

mantenía los hombros erguidos. Su porte marcial y los ademanes con que acompañaba las expresiones lo hacían más alto de lo que realmente era. Con el tiempo la frente se le fue despejando por una calvicie que intentaba disimular dejando el cabello más largo a los lados de la cabeza. Una tupida y cuidada barba con abundantes canas y una mirada intensa le daban al rostro una expresión patriarcal.

Esa tarde vestía levita negra, pantalón y chaleco del mismo color. El uniforme militar lo reservaba para sus apariciones en público.

—Tome asiento —dijo, y le señaló una de las butacas. Su petición sonó como una orden.

El presidente se sentó en un sillón gemelo y ambos quedaron enfrentados, a poca distancia.

—Tal vez lo haya sorprendido mi llamada —dijo Batlle.

—Francamente sí, general.

—¿Estaba en Montevideo el 19 de febrero? —preguntó mientras se acariciaba la barba.

—Sí, general —respondió Blanes, y sus ojos parecieron perderse en los recuerdos que lo perseguían desde entonces.

—Usted sabe que hay hombres que hacen la historia y otros que se encargan de escribirla —expresó Batlle.

—Ha sido así siempre —comentó Juan Manuel, y agregó: Lo difícil es saber qué tan fieles a la historia son quienes la escriben.

—Por eso lo he llamado.

—No le entiendo, general —expresó aún más intrigado, y añadió—: Yo no soy escritor...

—Pero pinta. Quiero que pinte, que pinte a la historia y a su héroe.